

escrito a máquina



La Anti-Navidad

Cristo se presenta luchando contra el mal. Luchar contra el mal nos parece bien a todos. Pero ¿qué es el mal y qué es el bien? Los cristianos decimos que Cristo aclara este problema fundamental; sin embargo, apenas entramos al Evangelio nos encontramos que Cristo salta los planteamientos humanos del problema y nos transporta a su foco radical: Dios.

Cristo se presenta, primero como Encarnación de Dios; segundo como Revelación de Dios; tercero, como camino hacia Dios.

¿Cuál Dios?

Porque apenas el hombre pronuncia la palabra Dios tiende a imaginarse a Dios con los atributos de la grandeza humana. Y en este sentido Cristo es un desconcertante ateo. Porque también viene a negar a ese dios.

La operación comienza en el pesebre de Navidad. Es su primera manifestación. Dios —a quien concebimos como la Grandeza Suma y como el Todopoderoso— cuando se encarna y nace es en la impotencia, en la marginación y en una caballeriza o establo maloliente porque “no hubo posada para El en Belén”. No es la revelación que esperábamos de Dios: impotencia, pobreza, anonimato. Un Dios se espera como un relámpago de esplendor y magnificencia. Estamos más dispuestos a adorar al Rayo que a esa contradicción de nuestra idea de Dios. No es raro, por eso, que aún después de leer cien veces el Evangelio volvamos insensiblemente a caer en la representación del Dios imaginado y que, aún creyendo creer en el pesebre, lo recubramos del mayor esplendor posible para recubrir su escándalo.

Pero la revelación de Dios —hecha y encarnada por Cristo— es esa otra. El Todohumilde en vez del Todopoderoso. No un Dios altísimo e infranqueable, sino condescendiente. No una verdad inaccesible, sino dialogante. No un Dios inmenso y astronómico, sino conviviendo con el hombre en la alegría y el dolor. Las medidas del Bien Sumo humano quedan trastornadas.

El Dios de Cristo (y el Dios-Cristo) es Amor. Dios no es un Yo solitario e infinito, sino la relación infinita del Yo-Tú, es decir, un diálogo (y el resultado de un diálogo) divinos: Es la Trinidad: Un Padre amante, un Hijo amado y un Espíritu Santo amor.

Ese Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza.

Ese Dios ha usado, para sus dos principales mandamientos que encierran toda su ley, el mismo verbo “amar”:

amar a Dios, amar al prójimo.

Entonces ¿qué es el mal?

Cristo lo llama: pecado. Es la negación del amor. El no-diálogo. La negación del amor a los otros y al Otro (Dios).

Navidad es el principio de esa revelación. He tratado de exponerla en esta síntesis imperfecta y titubeante porque, después de dos mil años, parece que en Nicaragua —país cristiano en alguna medida— se quiere dar una definición oficial distinta de lo que es o no cristianismo.

Se ha dicho, por ejemplo, que la educación cristiana de algunos centros y su concepto de Justicia, crea o fomenta la violencia. Se ha atacado en todos los tonos a obispos y sacerdotes por su pastoral estrictamente cristiana, como subversiva.

Finalmente, pasando a los hechos ¿qué significa que los militares y los policías reciban órdenes de atropellar a sacerdotes y monjas que atienden a los marginados?

Un sacerdote como el Padre Miguel, que lleva años de convivir con los pobres y a quien toda Managua conoce, o una monjita que sacrifica su juventud y su vida por atender y mejorar a esa población pobrísima que nuestra injusticia social ha marginado, merecen un instintivo respeto cuando aún quedan reservas, ya no digamos de cristianismo sino de simple humanidad. El trato que han sufrido revela una trágica inversión de valores que convierte en subversivo lo humanitario, en delito el amor y, como consecuencia dialéctica, blasfema a Cristo como delincuente porque nació en un pesebre o murió en una cruz.

¿Es que el régimen quiere imponer a culatazos una definición del bien y del mal que es la contraria de la que se deriva de la fe mayoritaria de este pueblo y aún del más elemental humanismo?

El atropello —a patadas y culatazos— a esos sacerdotes y monjas es como un rito simbólico del trato que recibe la porción más débil de nuestro pueblo: los campesinos desaparecidos, los derechos humanos conculcados, la dignidad y los sentimientos más sagrados de los nicaragüenses se inmolan en este culto del Poder contra el Amor. Es la Misa negra de la Nochemala.

El pueblo tiene una frase en la cual deberían meditar nuestras autoridades: “No hay que tocar a Dios con las manos sucias”.

Y EL DIOS DE BELEN SE REVELA EN EL POBRE.

PABLO ANTONIO CUADRA